



LEO Y MAYA

Raúl Asensio Díez

LEO Y MAYA



Primera edición: septiembre 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Raúl Asensio Díez

ISBN: 978-84-19439-32-1

ISBN digital: 978-84-19439-33-8

Depósito legal: M-23062-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi padre, por ser mi mayor fuente de creatividad en mis comienzos como escritor y un gran ejemplo que puso los cimientos de quien soy yo ahora.

A mi madre, por inculcarme su amor por la lectura y no cortarme nunca las alas para volar tan lejos como he querido.

A mis hermanos, por apoyarme siempre en mis decisiones y estar siempre que los he necesitado para mantenerme a flote

A la mujer de mi vida, por enseñarme lo mágica que es la vida cuando la vives intensamente sin guardarte nada en la recámara.

Y a nuestra hija, quien nació justo antes de publicar esta novela, por ser mi inspiración para escribir Leo y Maya, aún sin saberlo, mucho antes de que siquiera estuviera en nuestros pensamientos.

Gracias por hacer este sueño realidad.

El Pixie Night

Leo puso punto y final a su cita de esa noche. La ilusión de hacía unas horas se acabó convirtiendo en decepción y ahora caminaba desorientado por las calles de Madrid sin saber a dónde ir, mirando con envidia a la gente de su alrededor, que, a diferencia de él, se reía y lo pasaba bien.

—Pensaba que tendría suerte por fin— se dijo a sí mismo sentado en la calle, llevándose las manos a la cabeza al sentir la desesperación de ver como nunca salían adelante las relaciones que intentaba.

En medio de ese mar de dudas e inseguridades, alguien le lanzó un chaleco salvavidas; eran sus mejores amigas, Laura y Mónica, que estaban deseando saber cómo le había ido. Tras comunicar su fracaso, quedaron en el Pixie Night, un local nocturno y alternativo donde quedaban los tres cada sábado por la noche.

Las luces de neón de Gran Vía presenciaban la caída emocional de un hombre que se negaba a tirar la toalla. Hacía tres años que no había conseguido tener algo que durara más de varios meses y eso le preocupaba, pues temía no encontrar a la persona adecuada para formar la familia que tanto anhelaba. A sus treinta y cuatro años ya no podía estar acostándose cada noche con una chica diferente y él lo sabía, pero algo fallaba y nunca conseguía crear conexiones emocionales con las mujeres que conocía.

Puede que la solución a sus problemas no fuera emborracharse ni negarse a mirarse al espejo y preguntarse qué era lo que fallaba, pero, en aquel preciso instante, solo pensaba en desahogarse con

sus amigas y llegar ebrio a casa. Aceptó la invitación y decidió no darle más vueltas a ese desastroso encuentro que acababa de tener. No estaba muy lejos de su casa, así que, si la cosa no iba bien y le apetecía irse a dormir, lo tendría fácil.

Avanzó por las frías callejuelas con las manos en los bolsillos, divagando sobre qué era lo que le impedía tener lo que tan fácilmente encontraban otras personas. Tras esa reflexión personal, se encontró enfrente de la puerta de ese lugar clandestino y se paró en seco, sorprendido por ver como no paraban de salir personas con vestidos y disfraces vistosos.

—Hola, guapo, ¿quieres venir con nosotras? —le preguntaron con una mirada pícaro a la vez que le tocaban la cara con la mano de forma sugerente.

—Gracias por la invitación, pero ya he quedado y me están esperando dentro —respondió Leo de forma seca con una risa nerviosa.

—Tú te lo pierdes, pero ten cuidado, hoy el Pixie Night está que arde —respondió entre carcajadas mandándole un beso al aire y metiéndose en una limusina con un grupo que gritaba emocionado con las manos en alto.

El Pixie Night era un lugar que estimulaba todos tus sentidos y, al cruzar su puerta, casi se podía respirar esa mezcla de diversión y caos que tanto lo caracterizaba.

—¿Vas a pasar, chico? —le preguntó con una voz ronca el portero, abriéndole la cortina al verlo indeciso. Al hacerlo, el ruido de la música de dentro retumbó en su cabeza haciéndole pensar. Quizás, entrar ahora mismo no era la mejor decisión tras el bajón que acababa de experimentar, pero, si no, ¿qué haría? ¿Ir a su casa a lamentar su triste existencia?

Finalmente, asintió ante ese hombre calvo que le miraba con cara de pocos amigos. Agachó la cabeza por debajo del telón que hacía de entrada y la música sonó con más intensidad haciendo que empezara a aclimatarse sin remedio a lo que le esperaba más abajo.

Antes de llegar a la sala principal tenía que bajar unas escaleras por un pasadizo oscuro. La primera vez que fue al Pixie Night con sus amigas vio cosas extrañas que le hicieron preguntarse qué estaba pasando realmente a su alrededor. Al final, Leo desistía de buscarle explicación a todo, simplemente entendía que era la esencia del local. Todo estaba permitido y solo había una norma: lo que pasaba en el Pixie Night se quedaba en el Pixie Night. Este mensaje tan abierto hacía que tuviera la sensación de que había algo que no le acababa de cuadrar. El envoltorio era perfecto, pero el contenido escondía muchos secretos.

Leo no era tonto y, aunque su idea principal era pasárselo bien, reírse con sus amigas y olvidarse de sus problemas, no era ajeno a que había negocios turbios detrás de ese *pub* subterráneo con música en directo. No lo sabía a ciencia cierta, pero había rumores de que, además de servir copas, allí dentro se trapicheaba con drogas. Él prefería no darle vueltas a eso, pues a sus amigas les encantaba reunirse allí y, al final, siempre acababa perdiendo el control tomando cócteles especiales de la casa, sin pensar demasiado en si realmente ocurrían cosas fuera de la ley allí.

Su música tecno y las luces tenues de neón te invitaban a dejarte llevar. El aspecto de todo era muy cuidado y siempre ofrecían un servicio de mucha calidad, por lo que, a pesar de parecer un antro por fuera, una vez te adentrabas en él, te sentías como si estuvieras en el restaurante de un hotel de cinco estrellas. No obstante, esa era precisamente la apariencia que querían dar para que nadie sospechara de lo que realmente pasaba en su interior. Muchos preferían obviarlo para seguir saciando sus necesidades sin sentirse culpables de estar alimentando un negocio criminal en la sombra.

—¡Leo, aquí estamos! —gritó efusivamente Laura al fondo de la sala, saludándolo con la mano desde su mesa al verlo.

El lugar estaba abarrotado de gente bebiendo, riendo y bailando, tanto que se tuvo que abrir paso con dificultad para llegar a donde estaban sus amigas.

Hacía tiempo que Leo había decidido ir allí solo a tomar algo con sus amigas, ligar no era su prioridad y siempre dio por hecho que en ese lugar no se podía conocer a alguien para algo más que un lío de una noche.

Leo llevaba la corbata colgando, como si alguien hubiera tirado de ella, y aunque siempre estaba impoluto, ahora parecía que acabara de venir de una fiesta que se hubiera prolongado hasta altas horas de la madrugada. Él siempre daba mucha importancia a la impresión que causaba a los demás, pero, harto de intentar aparentar ser perfecto y cansado de los pocos resultados que había obtenido tras su cita, prefirió ser anárquico y por una noche sentirse libre de hacer lo que le diera en gana, sin los límites morales que significaba llamarse Leonardo Escribano Calatayud. Era un hombre normal, pero sabía resaltar sus puntos fuertes con un aspecto impecable, oliendo a buena colonia y con unos modales que a veces hacían pensar que tenía la sangre azul. Vestía ropa elegante, llevaba una barba cuidada y era alto, pero no tanto como para tener que preocuparse de golpearse con el marco de la puerta. No era un adonis, pero se consideraba que estaba por encima de la media y quizás este era su problema, pensar que solo con el exterior podría conquistar a alguien cuando, al final, lo que deja huella de verdad es lo imperceptible a la vista.

Los tres se fundieron en un emotivo abrazo al verse después de una dura semana de trabajo. Ese era su rinconcito en medio de la tempestad para recargar las pilas y olvidarse de la rutina. Leo resopló con cara de circunstancias al ser preguntado por cómo le había ido con la chica y se encogió de hombros dando a entender la respuesta sin abrir la boca.

Laura, su mejor amiga, era una chica discreta que siempre pensaba antes de hablar para no meter la pata. Destacaba por una belleza natural gracias a unos ojos verdes que le hacían ser siempre el centro de atención. A pesar de que siempre se fijaban en ella, prefería pasar inadvertida y ser valorada por otras virtudes, más allá de su atractiva figura. Su piel era tan blanca que parecía que fuera

una vampiresa a la que le habían prohibido salir de su castillo, pero nada más lejos de la realidad, simplemente no le gustaba quemarse y eso le hacía buscar una sombra siempre que podía.

En cambio, Mónica era completamente opuesta a ella y se daba rayos uva con frecuencia para mantener el color moreno de su piel incluso durante el invierno. Tenía el pelo corto, rubio y rapado por un lado. Siempre decía todo lo que se le pasaba por la cabeza y a veces pecaba de ser un poco basta e insensible, pero ella no se daba cuenta de que al actuar así podía hacer daño a los demás y, en realidad, se trataba de una chica honesta en la que se podía confiar una vez veías más allá de ese muro de chica dura y peligrosa que le gustaba levantar a su alrededor. No tenía la habilidad innata de Laura de ser siempre la que destacara, pero no pasaba inadvertida, pues tenía los brazos tatuados y un septum en la nariz que le daban un aspecto llamativo y exótico allá donde iba. Era muy competitiva y siempre intentaba estar por encima de Laura, vistiendo provocativamente para que no la eclipsara.

Desde que llegó Leo a la ciudad, de las pocas personas con las que había forjado una amistad sólida era con ellas. Él tenía una facilidad abismal para adaptarse a cualquier nueva situación que se le presentara y no le costaba nada acercarse a desconocidos para conocer gente nueva, pero pocos eran los que conocían al verdadero hombre que había detrás de su máscara de perfección. Sin embargo, con ellas era diferente y podía ser él mismo, sin filtros, tanto que se habían convertido en su familia postiza y siempre que necesitaba ayuda o tenía que contarle algo importante a alguien, acudía a ese dúo tan peculiar.

Leo las conoció de casualidad en un intercambio de idiomas. Aquel día, ellas estaban a la defensiva dándole largas a todos los chicos que se acercaban para gentilmente ofrecerles hablar inglés. Pero no todo el mundo iba a ese bar a ligar y, aunque Leo sí que deseaba conocer a alguien especial y tenía su radar activado, su prioridad no era esa, sino abrir su círculo de amistades más allá del

trabajo, donde siempre se hablaba de lo mismo, algo que le había acabado cansando.

Así que cuando se acercó a ellas dos con valentía, sin tener nada que perder, puso la primera piedra de lo que sería con los años una poderosa amistad que había resistido hasta ahora.

Lo más curioso es que al poco de empezar a quedar Leo con ellas algo debió de removerlas por dentro que sacó a flote sus deseos más ocultos, pues acabaron juntas como algo más que amigas. Ahora Laura y Mónica eran pareja e iban a celebrar su aniversario la semana que viene. Lo cierto es que siempre tuvieron química entre ellas, pero hasta que Laura no dejó a su novio de toda la vida no tuvo el valor suficiente para aceptar que le gustaban las mujeres. Finalmente, dejó de esconderse en una relación que principalmente servía como tapadera para que su devota familia no se llevara las manos a la cabeza al descubrir que ella no era solo atea, sino también lesbiana. Por su parte, Mónica siempre había sentido curiosidad por el género femenino y tuvo clara su sexualidad desde que iba al colegio, pero Laura fue la primera chica con la que empezó algo serio.

—¡Hola chicas, quién iba a decir que nos veríamos tan pronto esta noche, eh! —exclamó Leo con una risa irónica al ver a ambas analizando su maltrecho aspecto tras una noche para olvidar.

—Vaya pintas llevas, ¿no? —preguntó Mónica al mirarle de arriba abajo y preguntarse cómo le habían dejado entrar así.

—Es una larga historia —respondió aliviado al sentarse en la silla antes de quitarse la corbata para tirarla encima de la mesa en señal de rebeldía.

—¿Una larga historia? ¡Pues resulta que estás de enhorabuena, porque tenemos toda la noche para escucharte! —exclamó Laura con unas ganas inmensas de que Leo empezara a soltar prenda sobre qué había pasado.

—No creo que haga falta toda la noche, esto va a ser muy rápido. Resumiendo, ha sido lo de siempre: pensaba que estábamos de puta madre juntos, pero resulta que era solo mi imaginación

—afirmó Leo avisando con la mano para que viniera la camarera.

—¿Pero qué ha pasado para que te haya finiquitado tan rápido? —preguntó Mónica aguantándose la risa con la mano, pues la vida de Leo era muy cómica y muchas veces la hacía morir de risa con las cosas tan curiosas que le pasaban.

—¡Pues que ha aparecido con una amiga! Eso es lo que ha pasado —respondió dejando a ambas con la boca abierta justo antes de que llegara la camarera para escuchar la patética noche de Leo. Él intentó disimular su vergüenza y rápidamente pidió el cóctel más fuerte de la carta.

—Eso y que has ido a una cita con corbata. No sé cómo se te ha ocurrido, pero eso no podía salir bien —afirmó Mónica echándose a reír delante de él mientras Laura intentaba calmarla antes de que Leo se enfadara. En realidad, le había sembrado la duda y se preguntaba si de verdad eso podía haber tenido algo que ver. Cogió el objeto de la discordia y lo ojeó pensando si había sido una mala elección.

—Ya sabes que Leo siempre viste de traje en momentos especiales, le da seguridad —intervino Laura para defender a su amigo, que estaba cansado de escuchar siempre las mismas bromas y ya no sabía qué responder ante los dardos que le lanzaba Mónica.

—¡Eso no tiene nada que ver! Lo importante aquí es que apareció con una amiga cuando llevábamos una semana sin vernos. ¿Lo podéis creer? —preguntó con cara de incredulidad llevándose la mano a la cara.

—Lo que no te pase a ti, Leo... —dijo Mónica bebiendo de su copa y mirando para otro lado al escuchar lo que le había pasado a su amigo.

—¿No es más fácil que me diga que no quiere nada a que me humille de esta manera? En fin, prefiero no pensar más en eso —finalizó Leo negando con la cabeza la mala suerte que tenía y cerrando los ojos para respirar con calma.

—Te avisamos, Leo, de que esa chica era un poco rara, ¿no te acuerdas? —le recordó Mónica dándole a entender que lo que ha-

bía pasado era culpa suya por no haberse percatado de las señales.

—Sí, lo sé, pero yo quería creer que iba a funcionar y, al final, ¿de qué me ha servido? He quedado como un imbécil de nuevo —dijo antes de dar las gracias por la bebida y pedir otra a la camarera antes de que se fuera.

—Bueno, Leo, yo creo que lo mejor que puedes hacer ahora es reflexionar sobre lo que ha pasado. ¡Pásalo bien esta noche y mañana será otro día! —exclamó sonriente y emocionada Laura, aplaudiendo e intentando animar a su amigo, que la miró dubitativo.

—¡Es que siempre es lo mismo, joder! Parece que es la buena, me pilló por ella y me acaba dando una patada. ¿Cuándo dejará de repetirse la misma historia? —se preguntó una vez se disponía a pedir su tercera copa tras acabar la primera de un trago y ver cómo le traían la segunda.

—Quizás deberías... ¿cambiar tu estrategia? —dijo siendo muy directa Mónica, lo que le hizo recibir una patada de su novia por debajo de la mesa.

—¿Cambiar de estrategia? ¿Y qué estrategia necesito? —preguntó Leo al sentirse bastante perdido sin entender a qué se refería con eso, pero rápidamente Laura intervino para que dejara de dudar de sí mismo.

—¡No le hagas caso, Leo! Olvídate de lo que ha pasado, ya sabes lo que dicen, un clavo quita otro clavo, y por eso hoy vamos a presentarte a una amiga nuestra que quiere conocerte —dijo Laura guiñándole el ojo y pasándole la mano por el hombro esperando ver un cambio en su cara. Él se sintió contrariado al ver como apenas sin haber tenido tiempo para recuperarse de su ruptura ya iba a conocer a una chica nueva.

—¿Tan rápido? ¿No se supone que tengo que esperar un tiempo prudente o algo así? —preguntó Leo mirándolas, buscando una respuesta que corroborara su teoría, pero en cambio recibió una negativa de ambas, que negaron con la cabeza lo que decía.

—¿Un tiempo prudente, Leo? Era un rollo de unos meses, no

me jodas —intervino Mónica con esa agresividad y falta de tacto que tanto la caracterizaba.

—Pero yo la quería o, al menos, eso pensaba —respondió pensativo pasándose la mano por la barba con la mirada perdida en la pista de baile donde la gente ya empezaba a desinhibirse.

—Siempre te pasa lo mismo, Leo. Tienes que aprender a ir poco a poco, a veces parece que lo único que buscas es enamorarte de la primera que pasa y no conocer en profundidad a alguien —dijo Laura intentando tratar con delicadeza un tema que había hablado mucho con Mónica, pero que era la primera vez que lo hablaba con Leo. Él se sintió atacado y vulnerable al ver como su mejor amiga lo veía como alguien desesperado.

—Yo no decido de quién me enamoro o me dejo de enamorar, sabes que eso no funciona así —respondió negando con la cabeza lo que escuchaba y haciendo el ademán de pedir su cuarta copa a la camarera tras beberse las anteriores, pero sus amigas lo convencieron para que dejara de beber y así evitar que siguiera con esa actitud tan autodestructiva.

—¡Deja de decir tonterías Leo! Claro que decides si te enamoras o no. Lo buscas desesperadamente y te vale cualquiera con tal de que muestre un poco de interés y sea medianamente mona —afirmó Mónica haciendo que él se cruzara de brazos sin saber cómo responder a esas verdades como puños.

Lo que escuchó le hizo reflexionar y no estaba nada desencaminado. La realidad detrás de su ansiedad por enamorarse de alguien desesperadamente era llenar un vacío que había en su vida desde hacía tiempo y al que no encontraba solución. De alguna manera, el amor y las mujeres eran la droga que le hacía no pensar en sus problemas. Pero, aunque había intentado no aceptarlo, incluso él se había dado cuenta y quizás esa enfermiza actitud obsesiva que mostraba cuando estaba conociendo a alguien era lo que acababa lastrando las relaciones que intentaba.

—¿Sabíais que mi cita iba a ser un desastre y por eso me habéis buscado un plan B, verdad? —preguntó mirándolas con atención

intentando que se pusieran nerviosas y acabaran desvelando la verdad detrás de esa encerrona que le habían preparado. Ellas asintieron con una risa tímida y la mirada en el suelo.

—El único que no te has dado cuenta eras tú, Leo. ¿Qué te hacía pensar que iba a funcionar? —preguntó Mónica intentando que viera la realidad de una vez por todas, aquella que él mismo se negaba a aceptar. Leo estaba bloqueado y fue directo a beber, pero se encontró, lamentablemente para él, con una copa vacía.

—Que respondía mis llamadas, que nos escribíamos a todas horas, que siempre que me necesitaba estaba yo ahí, que cuando estábamos juntos todo era perfecto... —relató sin fuerzas para continuar, con la cabeza agachada. Él mismo, conforme iba hablando, se iba dando cuenta de que todo lo que había construido en su cabeza era fruto de su imaginación y su deseo por encontrar a esa ansiada persona.

—Esa es tu percepción, pero ella lleva tiempo intentando hacerse ver que se ha acabado con miles de señales que tú no querías ver —dijo Laura intentando calmar la conversación, que siempre era encendida cuando Mónica intervenía.

—Yo la entiendo. ¿Acaso hay alguna manera más clara de decirte que pasa de ti que presentarse con una amiga a la cita? Yo esto lo considero un K.O. técnico —dijo Mónica sin pensar en el daño que podían hacer sus palabras, burlándose de Leo dando un puñetazo al aire, lo que no le hizo mucha gracia, pero se calló, ya que él siempre intentaba huir de los conflictos y no le apetecía enfadarse con su amiga.

—¡Mierda! ¡Ya da igual, esta noche solo quiero pasármelo bien! Habladme de vuestra amiga, ¿quién es y por qué quiere conocerme? —preguntó intentando olvidar su fracaso amoroso.

—Yo solo la conozco del Pixie Night, la verdad, pero parece que te ha visto venir tanto aquí con nosotras que te ha acabado echando el ojo. Te va a encantar, ya verás. ¡Hoy es tu día de la suerte! ¿Quién te lo iba a decir al principio de la noche, verdad? —preguntó con ironía Mónica abrazándose a él en un gesto de colegueo para convencerlo.

—La verdad que lo último que me apetecía cuando he venido era algo así, ¡pero qué demonios! Eso es lo que necesito yo ahora, despejarme. ¡Hoy es el primer día del nuevo Leo! —dijo ilusionado, frotándose las manos y preparándose mentalmente para el encuentro con la diosa que estaba visualizando en su cabeza. Por dentro, las dos estaban muriéndose de risa al ver su reacción, avisando del decimoquinto renacer de su persona, cuando la realidad era que él no iba a cambiar.

—¡Deja de decir tonterías! Ese es tu problema, que se te va siempre la fuerza por la boca. No hay ningún nuevo Leo, la vas a seguir cagando como siempre, pero ahora tienes una oportunidad de aprender de tus errores e ir poco a poco con ella, ¿entendido? —dijo la desvergonzada chica poniéndose seria, pues, aunque siempre le daba mucha caña a Leo, lo único que quería era ayudarle a mejorar.

—Bueno, lo que tengo claro es que no me voy a enamorar de ella tan rápido como con las otras —afirmó haciendo autocrítica y preparándose como si fuera a entrar a un *ring* para librar un combate.

—Ten cuidado, porque me he enamorado hasta yo al verla —dijo Mónica poniéndose roja al decir eso. Sus intenciones eran poner celosa a Laura y a pesar de que el comentario podía haber generado una discusión, en cambio no pasó nada de eso, sino que se dieron un sensual beso que dejó a Leo atónito al ver como no se cortaban un pelo delante de él.

—¡Sigo aquí, eh, chicas! —exclamó haciendo que pusieran punto y final a ese minimomento de pasión y volvieran a la conversación que estaban teniendo—. ¿Y quién es la afortunada? —preguntó con curiosidad de saber quién era la chica que se había fijado en él y ambas rieron con picardía.

—La vas a conocer enseguida porque actúa esta noche —respondió Laura antes de que la música cambiara a otra más pausada y poco a poco todo se fuera quedando a oscuras, solo con un foco que iluminaba el escenario.

—¿¡Que actúa esta noche!?! —exclamó Leo con la boca abierta justo cuando parecía que iba a empezar el *show* que revelaría quién era su admiradora secreta.

En el *stage* apareció un hombre trajeado con el pelo alborotado y un *piercing* de bola en la nariz que acaparó la atención de todo el mundo.

—¡Buenas noches, pecadores y pecadoras! Como cada sábado, tenemos una agenda artística exquisita para todos vosotros. Así que hoy tengo el placer de presentaros a la mejor cantante del subsuelo de Madrid. ¡Con todos ustedes, Mademoiselle Carrillo! —exclamó con un fuerte acento mexicano, desapareciendo entre las sombras antes de que se abriera el telón mostrando un taburete y un micro esperando a la llegada de la artista. La luz era tenue y el ambiente invitaba a relajarse, así que eso hizo Leo, acomodarse expectante por saber cómo sería esa misteriosa chica.

Lo primero que vio fue una pierna emergiendo entre la oscuridad, acabando en un tacón rojo y a continuación su musa apareció en el escenario. Él se imaginaba cómo sería, ya que su rostro permanecía oculto entre las sombras y el juego de contraluces solo dejaba ver su silueta. En la boca llevaba un fino cigarrillo y nada más aparecer se hizo el silencio en toda la sala. Consiguió que aquel gallinero se calmara y esperara impaciente su puesta en escena.

A pesar de que no se veía claramente cómo era ella, podía vislumbrarse que tenía un pelo corto y rizado, además de llevar un vestido negro que se le ceñía al cuerpo marcando su seductora figura. Carrillo se humedeció los labios con la lengua, se llevó las manos al micro, se sentó en la silla con las piernas cruzadas y empezó a cantar en francés «La vie en rose», haciendo que Leo se perdiera en las notas musicales tan sugerentes que entraban por sus oídos. Él se quedó encandilado viendo la habilidosa manera con la que se movía en el escenario, haciendo que el público gritara emocionado. El ambiente se volvió mucho más íntimo al aparecer unas luces rojas que iluminaron todo el escenario.

—¿Te gusta? —preguntó con una sonrisa Laura a Leo, quien parecía como si estuviera en el barco de Ulises siendo seducido por el canto de las sirenas.

—Es increíble, ¿pero por qué quiere conocerme? —se preguntó extrañado al verla levantarse y caminar por el escenario con todo el mundo agolpándose bajo sus pies. A él le costaba imaginar que esa mujer quisiera estar con él, ya que era espectacular. Leo se consideraba muy normal y esa chica no solo era preciosa, sino que tenía una chispa arrolladora.

—¡Para una vez que tienes suerte, aprovéchala, chico! —exclamó Mónica ante la inseguridad de su amigo.

Los focos del escenario se apagaron y la gente gritó como loca extasiada por lo que acababa de presenciar. Al poco rato, la iluminación volvió, pero no había nadie en el escenario. Un aplauso intenso fue la merecida respuesta del público a unos minutos en los que todos permanecieron absortos ante el *show* de Mademoiselle Carrillo. Por su parte, tras ver a aquella mujer despampanante, Leo se mostró muy nervioso y esta sensación fue a peor cuando un hombre trajeado se acercó a la mesa para dejar discretamente un sobre en ella.

—¿Y esto se supone que es para mí? —preguntó dubitativo ante la incrédula mirada de sus amigas, que no entendían cómo Leo podía ser a veces tan inocente.

—Eres el único de esta mesa al que ella quiere conocer, así que me temo que sí —afirmó Mónica con los brazos cruzados moviendo la cabeza en dirección a él para que lo abriera de una vez. Con pulso nervioso y temblando, sacó de dentro un papel con el símbolo de una rosa.

—Así que te ha tocado la habitación de la rosa... —dijo golpeándole en el hombro Laura al ver lo que tenía entre sus manos.

—¿Una rosa? No entiendo nada —preguntó completamente perdido al no sacar nada en claro ante ese críptico mensaje que acababa de recibir.

—¿Ves esa cortina del fondo? Es la zona privada y dentro hay diferentes habitaciones a las que solo se puede entrar con una in-

vitación especial como la tuya. En tu caso te han invitado a la habitación de la rosa, así que solo tienes que enseñar esto al portero de la entrada y te llevara a tu *suite* —dijo Mónica haciendo que Leo agitara la cabeza al ver lo rápido que iba todo.

—¿Y qué va a pasar ahí dentro? —preguntó cogiendo servilletas para pasárselas por la frente al ver como empezaba a sudar.

—¿En serio que quieres que te lo diga? Es muy simple, solo te diré que en esa habitación va a haber una cama esperándote —comentó con una pícara sonrisa Mónica haciendo que Leo casi se cayera de su silla del susto.

—Pero me habíais dicho que quería conocerme, no que quisiera... Esto no era lo que yo tenía en mente —respondió llevándose las manos a la cabeza sin acabar de asimilar lo que estaba pasando.

—Mira, tío, la cantante te acaba de invitar a su *suite* privada ¿y estás dudando si ir o no? ¡¿En serio?! —preguntó Mónica. Ella no habría dudado lo más mínimo en aceptar la proposición, pero a Leo le costaba y prefería ir más despacio, sobre todo con la cita de esa noche tan reciente en su cabeza.

—Yo le puedo entender, Leo no es de esos chicos que se acuestan con alguien en la primera noche —respondió Laura defendiendo la postura de su amigo.

—Bueno, basta de chorradas, el nuevo Leo se atreve con esto y más. Voy a ir allí y voy a dejarme llevar. A lo mejor solo quiere hablar y ya está, ¿algún consejo? —preguntó dando pequeños saltos moviendo las muñecas y el cuello con los ojos cerrados como si estuviera calentando para el segundo asalto de la noche.

—Sé tú mismo y déjate llevar —dijo Laura siendo muy directa.

—¡Dalo todo, campeón, demuestra al mundo que no eres un perdedor! —exclamó Mónica dándole un golpe en la espalda que casi lo tira al suelo.

—¡Mónica! —intervino su novia recriminándola por lo que le acababa de decir a Leo, pero él estaba tan concentrado en lo que iba a pasar a continuación que no le dio importancia a sus palabras.

—Allá voy —dijo antes de echarse el pelo para atrás y dirigirse

a la cortina que había en el fondo del Pixie Night. Respiró hondo una vez más y adquirió una pose de seguridad preparándose para lo que iba a pasar a continuación.

No paraba de entrar gente cogida de la mano entre risas, lo que le hizo entender que allí dentro debían de estar las famosas habitaciones donde sus amigas le habían comentado que la gente iba para pasar un buen rato.

Una vez estuvo delante del portero, le enseñó el símbolo de la rosa y él asintió indicándole que tenía que ir al fondo y una vez estuviera delante de la puerta pasara por debajo el papel. Entonces, Leo empezó a escuchar ruidos extraños al adentrarse en la más absoluta oscuridad.

El pasillo era largo y estaba iluminado por unas luces de neón rosas y azules en el techo. Todo el mundo que pasaba junto a Leo se metía en las puertas que había a los lados; en cambio, Leo avanzó dispuesto a llegar a donde le esperaba Mademoiselle Carrillo. En más de una ocasión tiraron de él para llevarlo a esas salas en las que cualquier cosa podía pasar, pero él no se desvió de su camino.

Leo pensó que posiblemente esa parte del local debía de ser donde tenían lugar los oscuros negocios de los que había oído hablar. Él tragó saliva y se puso la mano en el pecho para sentir su corazón a mil. Lo normal hubiera sido dar media vuelta, pero algo dentro de Leo le empujó a continuar.

Ese lugar era siniestro y se estaba acercando a una zona que pocos conocían del Pixie Night, ¿por qué iba a haber puertas con símbolos e invitaciones en un local nocturno de ocio? Esa pregunta rondaba en su cabeza mientras escuchaba una sinfonía que no ayudaba a calmarlo.

Una vez al final, vio que no podía continuar. Ante él había varias puertas con símbolos. Leo buscó la puerta de la rosa y pasó la invitación por debajo. A los pocos segundos escuchó como esta se abría ante su sorpresa.

—Te estaba esperando —se escuchó al fondo de la habitación, que estaba completamente a oscuras, excepto por una lámpara en

la mesilla de noche que permitía ver la figura de la atractiva chica que había encandilado a todo el mundo con su actuación. Estaba fumando sentada sobre la cama, con medio rostro oculto entre las sombras. Él, tembloroso, dio un paso al frente.

—¿Acaso me tienes miedo? Tranquilo, no muerdo —dijo antes de apagar el cigarrillo en el cenicero y acercarse a Leo, quien se quedó completamente paralizado al tenerla tan cerca. Ella mostraba mucha más confianza que él y pasó a su lado para susurrarle al oído algo que le hizo acelerarse—. Voy a cerrar la puerta para que no molestemos a la gente de fuera —dijo ella haciendo que él se pusiera incluso más nervioso por la mezcla que hacían el alcohol, adrenalina y estar en una situación tan atípica e incómoda para él. Ella pasó de nuevo a su lado y pudo ver unos ojos que le comían con la mirada, una peca encima de los labios que se preguntó si sería de verdad o no y unos labios rojos que se mordió para aumentar incluso más la temperatura corporal de Leo. Carrillo se sentó sobre la cama y le invitó a que le acompañara con una sonrisa sugerente. Él estaba temblando, pero aun así tenía tanta curiosidad por saber más de la chica que aceptó la propuesta.

—La verdad que has estado espectacular ahí fuera, me has dejado sin palabras —dijo Leo tartamudeando al ser incapaz de hablar de forma normal. Ella se relamió de nuevo y se volvió a acercar a Leo, que estaba siendo superado por la situación, le cogió de la mano y se lo llevó con ella sin que fuera capaz de negarse.

—No es lo único que se me da bien, ¿sabes? —dijo haciendo que se sobresaltara sin saber qué responder ante eso.

—¡Guau! Creo que vas demasiado rápido, aún no sabes ni mi nombre —dijo poniéndose en pie sudoroso y llevándose la mano al cuello de la camisa para dejárselo más suelto.

—¿Qué necesidad hay de saber más de lo que ya sabemos? —preguntó ella demostrando que tenía muy claro lo que quería.

—Esto es muy raro y no me había pasado nunca. Con todos los chicos que vienen aquí y me eliges a mí, ¿por qué?, ¿qué has visto en mí? —preguntó Leo mostrando su inseguridad,

lo que hizo que Carrillo pusiera el freno de mano con cara de decepción.

—Sí, vienen muchos chicos atractivos al Pixie Night, pero no son de fiar, por eso cuando te vi supe que quería conocerte más a fondo. Eres diferente, solo vienes aquí a pasártelo bien con tus amigas, no como el resto. Me parecías el chico adecuado para pasar un buen rato sin preocupaciones —confesó lanzándose a su boca. Leo se dejó llevar unos segundos hasta que la apartó antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Ya está? ¿No quieres saber más de mí? —preguntó negando con la cabeza que fuera tan superficial y que solo quisiera usarlo como si de un objeto se tratara. Ella pareció molesta por la negativa de Leo y permaneció con la mirada perdida en las figuras que dibujaba el humo por la habitación.

—Es lo más fácil, que no haya preguntas. Así, yo no sabré quién eres tú ni tú quién soy yo. Cuando trabajas aquí, te aseguro que a veces necesitas saber que hay alguna persona que no está contigo solo por lo que haces en el escenario. Ya sabes a lo que me refiero —dijo con picardía, yendo al minibar para sacar una botella de vodka.

—Pero al final no te estás dejando conocer, somos algo más que lo que se ve a simple vista y tú te estás negando a ver qué hay detrás de mi apariencia —recriminó sintiendo pena porque le viera simplemente como un medio para evadirse de sus problemas.

—¿Por qué lo complicas todo tanto? Podríamos estar ya en la cama —dijo ella ofreciéndole un chupito que cogió sin oponer resistencia.

—Me gustaría saber quién hay detrás de esa voz tan especial antes de ir a más —dijo Leo sacando su lado sensible, ante lo que ella miró a un lado incómoda.

—Juguemos a un juego, cada vez que nos bebamos un chupito, uno hace una pregunta al otro, ¿qué te parece? —preguntó ella haciendo que Leo asintiera conforme con lo que oía.

—Me parece muy buena idea, por cierto, me llamo Leo, ¿y tú? —preguntó antes de que ella se riera en voz baja.

—Hasta que no bebas no puedes preguntar, así es como funciona el juego —respondió con picardía pasándose la lengua por la comisura de los labios y analizando a Leo de arriba a abajo antes de que se bebiera de un trago el vodka.

—Ya está, ¿cómo te...? —preguntó Leo sin poder acabar la pregunta al ver como la vista se le nublabá. Finalmente, perdió la consciencia cayendo sin fuerzas sobre la cama.

—No hace falta que lo sepas, cariño —dijo Mademoiselle Carrillo con un tono oscuro antes de tirar su bebida al suelo.

Creatives for Action

Leo amaneció en su habitación con la cabeza dándole vueltas y sin acordarse de nada de lo que había pasado la noche anterior. Se revolvió en la cama varias veces, mirando por la rendija de la persiana cómo le incidía el sol en la cara. «¿Qué había pasado?», se preguntaba al hacer memoria y recordar el momento antes de perder el conocimiento. Era como si, al intentar visualizar toda la noche, estuviera borrosa y no fuera capaz de hacer memoria para salir de dudas sobre qué había pasado finalmente con Madeimoselle Carrillo y cómo había llegado a su casa en esas extrañas circunstancias.

No paraba de darle vueltas a qué demonios ocurrió para que despertara en su piso sin acordarse de nada. ¿Por qué esa chica quería conocerle y no tenía ningún recuerdo nítido desde el momento que ella le ofreció algo de beber? Tenía muchas preguntas, pero se veía incapaz de responder a todo eso en su estado actual.

— ¿Qué pasó anoche, joder?! —se preguntó con la mano en la cabeza al sentir una fuerte jaqueca. Las personas que posiblemente podían saber algo al respecto eran Laura y Mónica, pero, cuando fue a escribirles, su móvil empezó a sonar y eso le sorprendió, pues era domingo y no esperaba ningún tipo de llamada. No podía creerlo, el peor día posible y le llamaban para ir a trabajar. Cerró los ojos, respiró hondo y atendió la llamada con resignación.

— ¡Leo, joder, menos mal que lo has cogido, es muy urgente y si no vienes ahora a la oficina el jefe nos va a matar! ¡Sé que es domingo, pero te necesitamos, tío! —exclamó con vehemencia

su compañero de trabajo, pidiendo ayuda a quien sabía que podía salvarles el pellejo en una situación límite e inesperada. Leo aceptó maldiciendo su mala suerte.

—Vale, vale, tranquilo, Kevin, dame unos minutos que me prepare y voy para allá, cálmate, seguro que no es para tanto —respondió él intentando calmarlo, ya que estaba bastante alterado.

—¡Gracias, tío, te debo una cerveza, colega! —exclamó con tono nervioso antes de colgarle y dejar a Leo con un compromiso que le había trastocado completamente sus planes del domingo.

Leo llevaba siete años trabajando en una agencia de *marketing* y publicidad. Empezó siendo un peón sin voz ni voto, pero a base de mucho trabajo consiguió ascender hasta una posición de peso que le convertía en uno de los mayores veteranos e incluso había llegado a tener a su cargo un equipo de tres personas. El problema era que dependían de él y, si no salía bien la campaña en la que estaban trabajando, las represalias irían contra su persona, por lo que no dudó lo más mínimo de que, aunque estaba en un estado nefasto para ir al trabajo, debía hacerlo por el bien del grupo.

Justo cuando le estaba buscando una explicación a qué había pasado en el *Pixie Night*, tenía que acudir a la llamada de socorro de su amigo. Intentó concentrarse en lo que tenía ahora entre manos, pues era de vital importancia, pero era incapaz de quitarse de la cabeza el rostro de esa misteriosa chica que lo sedujo y que, posiblemente, lo drogó, aunque aún no supiera muy bien por qué ni para qué.

Salió escopeteado de la habitación y fue directo al baño para ducharse y ver si un poco de agua fría hacía que su cabeza dejara de martillearle el cerebro. Justo en el momento en que pasó por delante de la cocina, escuchó el ruido del microondas. Este hecho hizo que se parara en seco y se acercara, pues no sabía quién podía haberlo puesto en funcionamiento, ya que él vivía solo. Al abrir vio que había un paquete de palomitas que lo dejó completamente descolocado. Las cogió con cara de circunstancia y se quedó pensando.

—¿Este sería mi desayuno? A lo mejor he puesto el microondas y ni me acuerdo —dijo en voz baja justo antes de que Kevin le mandara otro mensaje de desesperación para que se diera prisa en aparecer. Lo único que hacía era poner cada vez más nervioso a Leo, que apenas tuvo tiempo de preguntarse quién había encendido el aparato. Todo era muy extraño y confuso, pero no le dio más vueltas y decidió que ya reconstruiría los hechos de la noche anterior junto a Laura y Mónica cuando solucionara lo del trabajo.

Una vez en el coche, en medio del silencio absoluto y con la cabeza como un bombo, Laura y Mónica le mandaron un mensaje de preocupación que lo dejó incluso más perdido que antes:

«¿Fue todo bien, Leo? Apenas conocemos a la chica con la que te fuiste anoche a tu piso, así que estamos preocupadas, respóndenos en cuanto puedas. Solo esperamos que lo pasaras bien».

«Así que Madeimoselle Carrillo vino conmigo anoche a casa, ¿pero para qué, si teníamos una cama en el Pixie Night para los dos solos? ¿Querría venir a robarme y por eso me dio aquella bebida que me hizo no acordarme de nada? Todo esto es demasiado extraño, pero ahora no es el momento de pensar en ello. Ya me preocuparé de eso más tarde», pensó sudando por la tensión e intentando concentrarse en lo verdaderamente importante ahora: que no se echara a perder el proyecto de tantos meses unos días antes de la presentación.

No tardó mucho en llegar a la oficina de Creatives for Action. Estaba situada en un edificio de la Castellana que destacaba por su arquitectura de cristal, que permitía ver desde el exterior todo lo que pasaba dentro. El precio a pagar por unas vistas tan espectaculares a toda la avenida era la pérdida de privacidad, pero, sin duda, merecía la pena.

Saludó al portero del edificio y se subió al ascensor inquieto, sin dejar de moverse de un lado a otro. La gran imaginación que tenía le estaba haciendo magnificar un problema que estaba seguro de que no sería para tanto, pero su cabeza ya había recreado la pérdida de todo el material por algún error informático o

cualquier cosa que le sentenciara de muerte cuando se enterara su jefe.

Nada más llegar a las oficinas de la agencia se sorprendió por lo desierto que estaba todo, pero si lo pensaba era lógico, pues lo último que haría alguien normal es ir a trabajar un fin de semana. Los único que había era un grupo de personas que no paraban de vocear airosamente al fondo como si estuvieran discutiendo sobre el futuro de la humanidad.

Los diferentes módulos estaban separados por paredes de cristal y su sala era la número doce, que no era la más pequeña, pero tampoco la más grande. Leo agradeció que el jefe le diera más responsabilidad, pero lo que no supo predecir era que el grupo que acabaría estando a su cargo era peor que una clase de un colegio. En ocasiones, tenía la sensación de que era como una bomba de relojería que en cualquier momento podía estallar y hacer que todo saliera volando por los aires. Obviamente, a él no le adjudicaron un equipo con experiencia y que estuviera compuesto por eruditos de la materia, no, a él le asignaron a los nuevos que estaban en fase de prueba. Llevaba con ellos ya varios meses y se podía decir que Leo era el jefe de ese grupo que, muchas veces, le hacía llegar a casa con el único deseo de perderse en una serie tan absurda que no tuviera ni que calentarse la cabeza para seguir el hilo de la trama. Por eso, al abrir la puerta y entrar en Creatives for Action se le erizó la piel al escuchar desde la entrada a Kevin dar gritos como un poseso.

—Cálmate, Leo, vas a hablar con ellos tranquilamente y vas a encontrar una solución a lo que sea que está pasando ahí. No es la primera vez ni la última que se llevan las manos a la cabeza por una chorrada —se dijo en voz baja antes de respirar hondo una vez más y dirigirse a su sala de trabajo. El jefe ponía mucho hincapié en el *teamwork* como algo clave para el éxito de la agencia y todo lo que creaban dentro de ella. Así que siempre que tenía un problema debía de solucionarlo con su equipo porque si no era una muestra de falta de control que significaría un descenso en responsabilidades, puesto y sueldo.

—¡Menos mal que has venido Leo, esto es demasiado, no sabía qué hacer cuando lo he visto esta mañana, siéntate! —exclamó Kevin haciendo gestos con las manos como un loco antes de acercar la silla a su posible salvador para que se acomodara. Él era bajito, con el pelo rapado y destacaba por tener una voz que irritaba sobremanera. Era de Ecuador y tenía una gran habilidad comunicativa interpersonal, además de ser una persona valiente que nunca decía no a una propuesta. Su problema, irónicamente, era que ese arrojo de atreverse con lo que fuera a veces era su talón de Aquiles y, cuando se encontraba un poco agobiado, sufría un cortocircuito que le hacía ver todo negro, muy negro, como si el mundo fuera a implosionar.

—Seguro que no es para tanto, pero insistió tanto en que teníamos que venir que aquí estoy —respondió espatarrada en la silla con las manos en los bolsillos Roxy, que era como le gustaba que la llamaran. Ella era muy pasota y le gustaba trabajar en solitario, pero tenía una gran habilidad para no perder la calma, a diferencia de Kevin, que enseguida perdía los nervios. Tenía el pelo largo y rosa, mascaba chicle con frecuencia, incluso aunque no estaba permitido, y su especialidad era el diseño gráfico y el dibujo. Le gustaba vestir con un estilo alternativo y, en esta ocasión, llevaba unos pantalones bombachos y una sudadera multicolor. No era mala persona, pero era una chica difícil de tratar, pues, cuando le invadían su espacio o la molestaban, sacaba las garras, lo que no dejaba de ser una coraza defensiva. Este aspecto de su forma de ser había sido el culpable de que Leo solo la conociera dentro del trabajo y nunca hubiera profundizado más en su relación con ella.

—Bueno, sea lo que sea, vamos a verlo de una vez y así salimos de dudas —intervino Jian, que se estaba cansando de ver cómo llevaban un buen rato dando vueltas en círculos. El tercero del equipo era un chico muy inteligente que siempre encontraba la solución a los problemas que se les presentaban. Él era de una buena familia china, por lo que tuvo la oportunidad de ir a la universidad en España, donde aprendió el idioma a la vez que estudiaba con su novia.

Vivían juntos en una casa que le había comprado su padre y, a pesar de que podría ser un engraido por haber tenido siempre todo lo que había querido, nada más lejos de la realidad, pues tenía unos valores basados en la humildad y el compañerismo que eran los que regían siempre sus decisiones. Leo supo, desde el principio, que él era un alumno aventajado al que se le quedaba pequeño ese equipo, pero como compensaba los nervios de Kevin y la falta de iniciativa de Roxy, no dijo nada y lo mantuvo como contrapeso de los otros dos.

—Vale, estoy seguro de que no es para tanto, dale al *play* —dijo Leo con los brazos cruzados antes de que Kevin se acercara al portátil que estaba siendo proyectado en la pared.

En el vídeo se veía a un niño llorando porque no quería comer lo que tenía en el plato hasta que llegaba su madre con un paquete de cereales y se los ponía sobre la mesa. Automáticamente, se le cambiaba la cara para mostrarse completamente feliz y su padre entraba en escena con una sonrisa antes de echárselos en el bol mientras el pequeño esperaba impaciente. Finalmente, la imagen permitía ver cómo se bañaban en leche a la vez que una voz de fondo decía: «Chikifleks, unos cereales geniales desde que eres pequeño hasta que te haces grande».

Toda la sala se quedó en un silencio absoluto con la imagen congelada y el eslogan en la pantalla con letras grandes. Kevin se llevó las manos a la cara y empezó a darse golpes en la frente contra la mesa mientras Leo se llevaba la mano al mentón y asentía pensativo tras lo que acababa de ver. Justo cuando iba a decir algo, Jian lo interrumpió:

—¿¡Cómo es posible que hayan usado lo mismo que habíamos pensado nosotros para nuestros cereales!? ¡Es de locos! —exclamó ajustándose las gafas nervioso al ver que les habían robado la idea sobre la que se sostenía el trabajo de tantos meses de estudio de mercado y *branding*. A pesar de lo seria que era la situación, el líder de ese atípico equipo se mantenía pensativo dándole vueltas al porqué de lo que acababa de presenciar.

—Creo que no es casualidad que alguien haya hecho nuestro

anuncio de cereales justo antes de que lo publicáramos, ¡encima con nuestro mismo mensaje y todo! —exclamó Leo dando un golpe con las manos en la mesa mirando a sus compañeros en busca de quién podía ser el culpable. Estaba seguro de que le faltaba información y algo debía de haber pasado para que alguien les hubiera robado la idea.

—Nos la han vuelto a jugar los de Imagine your Brand, seguro que han sido ellos. Siempre intentan anticiparse a nuestros movimientos —afirmó Kevin acercándose a Leo para ponerle más nervioso de lo que ya estaba al escuchar esa voz que no hacía más que transmitir negatividad al grupo.

—Pero solo hay una forma de que nos hayan robado nuestro trabajo de tantos meses y es que alguien haya podido acceder a nuestra base de datos —intervino Jian, siendo muy perspicaz y mirando a Roxy, que desde que habían puesto el vídeo estaba callada e inquieta, jugando con sus largos mechones de pelo de manera insistente.

—Bueno, chicos, esto es serio y cuando mañana vea el jefe que en lo que hemos trabajado todo este tiempo ya ha sido emitido por la competencia, nos va a matar. No me explico cómo demonios esas ratas han conseguido robarnos nuestro trabajo... ¿Acaso tenemos un topo? Tenemos que pensar algo rápido... —respondió Leo viendo cómo Roxy no paraba de moverse en la silla sin saber qué decir. Finalmente, y, a pesar de que nadie la estuviera culpando por lo que había pasado, acabó soltándolo todo.

—¡Es culpa mía! El otro día estuve en un evento de *networking* y conocí a una chica. La cosa iba muy bien, tanto que, como tenía las llaves de nuestra oficina y sabía que no habría nadie a esas horas, vine aquí. Lo que nunca pensé era que esa persona querría hacer algo así... —confesó Roxy mostrándose afectada por la situación al ver como todo el grupo había sufrido las consecuencias de su imprudente acto. Estaba decepcionada consigo misma, ya que el *affaire* que tuvo lo veía como algo más que algo esporádico y, ahora que sabía que se habían aprovechado de ella, se sentía muy decepcionada y confundida.

— ¡¿Y por qué no fuisteis a tu casa o a la suya?! —preguntó Kevin fuera de sí antes de que Leo interviniera para mediar en el asunto. Él no quería perder el control de la situación y aquel hombre exageraba todo a la mínima, lo que hacía que se desestabilizara el ambiente del grupo.

—¡Eso no importa, Kevin, es su vida privada! Fuera lo que fuese lo que pasó, ya no hay vuelta atrás, lo mejor que podemos hacer es actuar rápido para solucionar el lío que tenemos entre manos —dijo con sensatez Leo, que, cuando se trataba del trabajo y gestionar a su equipo, sacaba a relucir unas facultades y una templanza atípicas en su vida personal.

—Lo siento, chicos... —lamentó Roxy llevándose las manos a la cara apenada al sentirse culpable por todo lo que había pasado. Ella solo quería pasarlo bien, pero su atrevida decisión le había salido cara.

—Tengo una idea, Leo. Podría parecer que lo más importante ahora es pivotar hacia otra idea de marca, pero creo que deberíamos conseguir pruebas que consigan incriminar a Imagine your Brand. Está claro que no van a dejar de jugar sucio hasta que les paremos los pies y esta es una buena oportunidad para ello. El plagio es algo que les haría perder toda la credibilidad que tienen —intervino Jian de manera muy acertada haciendo que Leo valorara positivamente lo que acababa de proponer, pues no solo les permitiría resolver el problema que estaban afrontando, sino que dejarían fuera de combate a esos molestos rivales que siempre buscaban cualquier medio para fastidiarles.

—Estoy de acuerdo con él. Quizás, si conseguimos que confiese lo que hizo, tendríamos una prueba más que sólida para defender nuestros derechos y emprender acciones legales contra ellos —dijo Roxy al ver como esa noche de química y amor se había convertido en una decepción más para su holgada lista de fracasos. La habían usado y se sentía dolida por ello.

—Si ellos viven de robar ideas y hacer daño a la competencia, dudo mucho que dejen acceder a cualquiera a su cuartel general

—añadió Jian al hilar toda la información que tenían aportando un comentario que, aunque no fue nada alentador, era muy realista.

—Tienes razón, pero tengo su contacto y podría volver a quedar con ella. El problema es que ahora que han publicado el anuncio en la televisión sabrá que yo lo he visto y que mis intenciones son otras... —afirmó Roxy sin saber qué hacer, pues se sentía con las manos atadas por más que quisiera echar un cable al equipo.

—A menos que sea otra chica que no conoce la que haga el trabajo... —dijo Leo caminando alrededor de la mesa intentando que se le viniera a la cabeza alguna idea para llevar a cabo ese plan.

—¡Así se habla! ¡La mejor defensa es un buen ataque! —exclamó Kevin, apoyando la idea que había expuesto el grupo.

—Vale, escuchadme, esto es lo que vamos a hacer. Mañana, cuando el jefe venga a ver cómo va nuestro proyecto, le diremos que necesitamos unos días más. Nuestros cereales no valen nada sin su idea de marca y ese eslogan que nos han robado en nuestra cara. Dedicaremos la semana que viene a tenderle una trampa y sacarle la confesión. Pero para que salga bien necesitaremos que nos cuentes todo lo que sabes de ella, Roxy —dijo Leo mirando a la joven, que asintió cabizbaja—. Tenemos una semana para recuperar lo que es nuestro, va a ser diferente a lo que estamos acostumbrados, pero no nos queda otra, ¿estáis conmigo, chicos? —preguntó Leo apelando a ese espíritu de equipo que tanto se promulgaba en Creatives for Action.

—¡Hasta el final contigo, capitán! —exclamó Kevin, que no solía poner en duda las órdenes que le daban.

—Estoy de acuerdo con Leo, tenemos que acabar con esto de una vez por todas y hacerles probar su propia medicina —respondió Roxy con rabia al recordar ese falso encuentro de lujuria y placer. Jian asintió consciente de que una ofensiva era la única forma de quitarse de en medio a esos rastreros publicistas que jugaban sucio y se saltaban las reglas siempre para coger ventaja.

—Lo más importante es que no le contemos esto a nadie, de puertas para fuera, lo que estaremos haciendo esta semana será

trabajar en nuestro proyecto publicitario, aunque, en realidad, este-
mos preparando un plan para sacarle una confesión a esa ladrona.
Mañana empezaremos a tejer el plan, ahora, lo mejor que podemos
hacer es descansar y pensar —finalizó Leo, haciendo que los demás
apoyaran sus palabras con confianza en quien llevaba la batuta.

Debía de ser ya media tarde, pues el sol se estaba poniendo por
el fondo de la avenida. Los cuatro se despidieron, aunque en pocas
horas tendrían que verse las caras de nuevo.

Leo tuvo que dejar para después descubrir por qué Madeimoselle
Carrillo lo había drogado en el Pixie Night, aunque, con el problema
del trabajo ya algo encaminado, esas preguntas volvían a su cabeza.

Estaba muy cansado tras dos días de intensas emociones, así
que se dirigió a su piso en la Gran Vía con el único anhelo de darse
un respiro y ver la tele para no pensar en nada. Lo único que quería
era aislarse completamente del mundo por unas horas, sin pensar
en ladronas de eslóganes ni en cantantes misteriosas.

Aprovechó durante el trayecto para mandar un audio a sus ami-
gas diciéndoles que sentía no haber respondido antes, pero que ha-
bía tenido problemas en el trabajo. Además, añadió que quería ha-
blar con ellas el día siguiente para sacar algo en claro de la surrealista
noche que había vivido. Ellas respondieron diciendo que habían es-
tado todo el día preocupadas por él, pero Leo no le dio importancia,
pues él era muy despreocupado, quizás a veces demasiado, como en
este caso, que había mantenido todo el día a Laura y Mónica en vilo.

Finalmente, llegó a su casa y abrió la puerta con la esperanza de
que nadie le molestara hasta el día siguiente, pero lo que se encon-
tró distaba mucho de lo que deseaba.

Avanzó por el salón con los brazos caídos y desabrochándose la
corbata con desgana para tirarla encima del sofá. Luego, fue el turno
de la camisa, pero, cuando se la estaba desabotonando, se quedó pa-
ralizado al ver una niña durmiendo encogida en el sofá con un bol de
palomitas medio vacío encima de la mesa. No supo cómo reaccionar
ante eso y la suma del cansancio, la resaca y la sorpresa que fue ver
algo así le hizo desplomarse sobre la alfombra.